

Cuestiones centrales que el ministerio debería afrontar hoy¹

Ivo Seghedoni²

Procuro evidenciar en este artículo algunas cuestiones centrales que hoy en día constituyen un desafío para los presbíteros. Lo haré con una doble clave interpretativa:

- Buscaré sobre todo partir desde la vivencia. El método de la Teología Pastoral exige partir desde la vivencia eclesial y colocarla como punto de partida en su reflexión. En efecto, la vivencia eclesial es el campo de investigación de la Teología Pastoral; una vivencia que investigada, interroga a la teología para que por medio de ésta, la Teología Pastoral pueda ofrecer a la Iglesia nuevos criterios orientativos.
- En segundo lugar, procuro abordar el tema desde una óptica formativa: ¿cómo formar concretamente a los futuros presbíteros para que sean capaces de afrontar eficazmente los desafíos del ministerio?

Punto de partida

Para interrogar a la teología a partir de la lectura de la vivencia del sacerdote, podemos asumir el juicio del teólogo Roberto Repole, que afirma: «un motivo de la crisis del clero reside en la difícil armonización entre las perspectivas teológicas y las estructuras en las que éstas se encarnan»³.

Por lo tanto, la cuestión de la crisis del sacerdote se coloca dentro del problema de qué forma de Iglesia se asume; es decir, si queremos mantener la idea de un sacerdote que corresponda aún al régimen de cristiandad, o que debe «manejar el ministerio» según las exigencias de gran parte de las comunidades cristianas. Creo que desde hace tiempo es necesario que se procese una re-definición del ministerio presbiteral. Esta re-definición no desmiente las líneas del

1 SEGHEDONI, Ivo, «Questioni centrali da affrontare per il ministero oggi» en *Tredimensioni* 9 (2012) 3, 280-289. Traducción: Fátima Godiño (Mvdo. Uruguay, 2013). Corrección de estilo: Paul Dabezies.

2 Párroco (diócesis de Modena - Italia), docente de Teología Pastoral en el *Studio Teologico Interdiocesano* de Reggio Emilia y en la Facultad de Teología de Triveneto.

3 REPOLE, R., «Crisi del prete, appello per la Chiesa», en *La Rivista del clero italiano*, 91 (2010), p 773.

Vaticano II y de los documentos sucesivos; es más, las confirma pero articulando una identidad histórica concreta del presbítero que sea coherente con las exigencias de la Iglesia de hoy.

A este respecto, como mencionaba antes, *La Rivista del Clero italiano* en el año 2010 publicó dos artículos, uno de Alphonse Borras y el otro de Gisbert Greshake, que consideran directamente nuestro tema y se colocan justamente en esta exigencia de un re-planteo.

En el primer artículo⁴, Borras reflexiona sobre tres «verdades descuidadas» del ministerio presbiteral. Una reflexión interesante que nos hace comprender cuáles son los costos que pagamos cada vez que descuidamos una correcta relación entre teoría y praxis, y nos limitamos a proclamar verdades a las que no damos un posterior desarrollo en el actuar eclesial.

En el segundo artículo⁵, Greshake nos propone orientarnos hacia una acción de la Iglesia que simplemente sea «representación» simbólica y sacramental del actuar de Dios, abandonando una «praxis productiva» y por lo tanto, re-situando al presbítero como persona espiritual y espiritualmente disponible para las personas.

Aún si estas reflexiones están en el centro de nuestro tema, prefiero sólo anunciarlas antes de analizarlas para no obstaculizar anticipadamente la reflexión de quien lee, orientándolo con una u otra propuesta ofrecida por la teología. Según la línea descriptiva del artículo, identifiqué algunas cuestiones de la vivencia pastoral de los presbíteros y las propongo como cuestiones que nos interpelan, para que el presbítero se re-encuentre a sí y a su identidad, «no tanto en referencia a un modelo ideal abstracto, sino a partir de la identidad que se construyó y se va construyendo en nuestra historia concreta»⁶.

Irrelevancia cultural y social del propio rol

Después de la educación secundaria, y en la actualidad no raramente después de un *curriculum* universitario completo, el seminarista afronta otros seis años de estudios de teología. Sin embargo, a la extensión de este curso de estudios no le corresponde un puesto relevante a nivel cultural y social.

Se percibe en forma difusa que los estudios de teología ya no tienen más el área de estudios de alto nivel que tuvieron tiempo atrás. Los amigos universitarios «laicos» no pueden creer que el número de los exámenes sea tan elevado y que en quince días se puedan rendir 5/6 exámenes, pero sobre todo la teología se resiente de un aislamiento cultural que la hace incapaz de dialogar con otras disciplinas, y los jóvenes que egresan de nuestros estudios teológicos, aun si son inteligentes, no están acostumbrados a una confrontación «fuera de las sacristías», a participar del debate público sobre grandes temas de interés cultural.

4 BORRAS, A, «Verità trascurate del ministero presbiterale», en *La Rivista del Clero italiano*, 91 (2010), pp 405-416.

5 GRESHAKE, G., «Il ministero sacerdotale in una Chiesa in trasformazione», en *La Rivista del Clero italiano*, 91 (2010), pp 7-21.

6 FERRETTI, G., *Essere preti oggi. Quattro meditazioni sull'identità del prete*, LDC, Leumann, Torino, 2009, p 10.

A esta irrelevancia cultural se asocia también una irrelevancia social del propio rol. Antes, para ser párroco había que concursar, y llegar a ese rol era también importante para el propio reconocimiento social; hoy por hoy sucede al revés, ese rol ya no es tan central en el tejido social.

Se está volviendo [...] menos apetecible y ciertamente menos gratificante. Los signos están a la vista de todos: el descenso de las vocaciones; se agrupan o unen las parroquias con el consecuente aumento del peso pastoral; no se concilia fácilmente la dedicación a la misión con la dedicación a la gestión administrativa (de edificios, administración, cuentas para pagar...); no es fácil hacer que restos de una religiosidad popular - que tiene exigencias a veces un tanto bizarras y nostálgicas - evolucionen como experiencia de maduración; no se sabe cómo responder a los pedidos de "sacramentalización" que son sostenidos por poca fe. Nosotros, párrocos, experimentamos la dificultad de tener que manejar problemas educativos y sociales que son más grandes que nuestras fuerzas: la insuficiencia y la necesidad de acciones de rápida intervención al borde de la desesperación de tantos que se separan, que pierden el trabajo, que buscan una ayuda práctica e inmediata para los más variados problemas y en su mente consideran que el sacerdote es el último santo al cual dirigirse... Es verdad que no todo en la parroquia es así. Pero desacreditar este análisis considerándolo una imagen caricaturesca... es una forma cómoda de evitar afrontar el problema.

Preguntémonos qué instrumentos intelectuales podemos ofrecer al joven sacerdote para que no quede aplastado por la irrelevancia que lo deja al margen de la sociedad y por el rol de administrador fracasado o de asistente social a bajo costo.

Las soledades

Probablemente es un tema que corre el riesgo de ser considerado en forma superficial dada la excesiva consideración que tiene o por las banalidades que podría arrastrar consigo. Sin embargo sigue siendo un tema central, sobre todo si hablamos no tanto de soledad sino de soledades. En efecto, las soledades más malignas a menudo no son aquellas afectivas - que después de todo han sido previstas - sino sobre todo las *pastorales* y la *institucional*.

En realidad, estas soledades no sólo sorprenden al presbítero (más o menos joven) sino que a menudo, no son tratadas en la formación como una eventualidad que no raramente se encontrará. Cierta ideología del presbiterio tiende a hacer pensar al joven seminarista que pertenecerá a una comunidad fraterna en la cual podrá experimentar escucha y ayuda. La excesiva identificación del obispo como padre hará pensar que en caso de necesidad siempre habrá alguien que asumirá con gusto la guía, y con atención paterna velará a lo largo del camino, compartiendo los cansancios y los desafíos... ¿Qué sucederá después, cuando los almuerzos entre presbíteros transcurran a-las apuradas y animados por chismes, o

cuando en el deseo de compartir momentos de oración o de amistad se obtengan educados pero firmes “no”, motivados por el opresivo trabajo pastoral? ¿Qué producirá en el presbítero (joven o menos joven) la constatación que el obispo tiene tiempo para cortar la cinta de inauguración de la asociación cultural que tiene sede en su parroquia pero que no tiene tiempo para recibirlo; o la rápida llamada recibida en ocasión del Jueves Santo en el que celebra el aniversario de su ordenación? Más allá de toda buena intención o propósito, el rostro del burócrata educado pero substancialmente desinteresado, sustituirá al del padre del que tanto se le habló en el seminario.

Las expresiones que sacan su fuerza de los valores pero sin encontrarse con las dificultades de su viabilidad, aún con toda la profunda teología que tienen a sus espaldas, empujan al sacerdote a nutrir grandes esperanzas que después, a menudo, corren el riesgo de resultar desatendidas y crear frustraciones. Ciertamente, la soledad pertenece a toda persona y es una dimensión de la existencia, de la cual también fluye la profundidad y la fecundidad del propio actuar.

Lo que falta a la formación es la concreción, y a la institución en cambio, la credibilidad: sin demoler con excesivo escrúpulo los ideales juveniles, se debe proponer más claramente al seminarista cuáles serán las soledades, las desilusiones, las referencias que faltarán. Hay que garantizarles la formación para una necesaria autonomía, para buscar referentes por sí mismo, sin esperarlos de una presunta comunidad fraterna. Por otra parte, es necesario que nuestras diócesis se vuelvan más creíbles y activen procesos de comunión que lo sean realmente, saliendo de una estructura de tipo feudal, donde el obispo una vez que ha investido al «vasallo», desaparece detrás de las brumas de la curia y de sus atrios⁷.

¿No es verdad que cada vez que se hacen tentativas por responder al problema de las soledades, se activa inmediatamente la ideología del cura-héroe, «hombre solo, a cargo», que debe arreglárselas en el secreto del “tú-a-tú” con Dios? La respuesta en cambio, ¿no podría pasar a través de nuevas y diferentes experiencias de vida común en el clero?⁸

7 PAROLARI, E., «Reggere la conflittualita': il prete e l'istituzione», en *Tredimensioni*, 3 (2006), pp. 307-315. NdT.: La traducción de este artículo se encuentra en la sección en español de www.isfo.it/

8 Impacta lo que afirma BENEDICTO XVI: «La vida común expresa la ayuda que Cristo da a nuestra existencia, llamándonos, por medio de la presencia de los hermanos, a una configuración siempre más profunda a su persona. Vivir con otros significa aceptar la necesidad de la propia y continua conversión y sobre todo, descubrir la belleza de tal camino, el gozo de la humildad, de la penitencia, pero también de la conversación, del perdón mutuo, del apoyo mutuo» (Asamblea General de la Fraternidad Sacerdotal de los Misioneros de San Carlos Borromeo, 12.02.2011). Mientras que H.U. Von Balthasar escribe: «En esta soledad expuesta, el presbítero debe saber tener a sus espaldas la comunidad así como los Doce, dispersándose a los cuatro vientos, siempre supieron que pertenecían al colegio de los apóstoles. Las comunidades de sacerdotes ofrecen este servicio: al sacerdote aislado le dan la consciencia concreta de la comunidad de la Iglesia, que ni la parroquia ni la diócesis pueden ofrecerle en forma suficientemente tangible», VON BALTHASAR, H.U., *Esistenza sacerdotale*, Queriniana, Brescia 2010, p.31.

Custodiar la propia alma

Un elemento imprevisible e imprevisto del ministerio es la frecuente experiencia de distancia y diferencia entre las funciones que se deben manejar (por ejemplo las administrativas) y las finalidades por las cuales se donó la propia vida.

Un sentido de expropiación invade al presbítero que se siente alienado respecto a cuanto deseó y desea hacer. Es ordenado para la evangelización y después se encuentra utilizando gran parte del propio tiempo en la administración; aspira a ser un hombre de Dios y hombre para los hombres y se encuentra teniendo que hablar con ingenieros y agrimensores, razonar sobre hipotecas y presupuestos; debería ser hombre de la Palabra y de la escucha, pero - sobre todo después que es párroco - se da cuenta que no es eso lo que la institución y el pueblo mismo esperan: al final, es un buen párroco aquel que realizó, construyó, restauró... aquel que garantiza una animación parroquial, que reúne a la gente, que junta dinero...

Existe una lucha por tener que vivir continuamente entre las expectativas del rol (las expectativas de las personas y de la institución) y el propio modo de vivir el rol que se le ha confiado, queriendo ser fiel a la vocación. Y la fidelidad que hay que vivir - que la lucha activa - es doble: al ministerio ordenado, para ser no obstante todo, hombre para los otros, hombre humano, hombre del Misterio⁹; y a sí mismo, a la propia unicidad, a la propia originalidad, porque no se puede ser un hombre hecho en serie.

Por lo tanto, custodiar la propia alma significa saber responder discretamente a las expectativas de rol. Una respuesta que sepa vencer la complacencia de quien cede en forma poco crítica a todo pedido, pero que también sea capaz de evaluar cómo y cuándo cumplir con los pedidos. Ni complacencia ni resistencia solas son los caminos a recorrer: es imperioso un discernimiento entre ceder y resistir, con el fin de salvar la propia identidad, pero articulando un servicio que tampoco olvide los aspectos de gestión que también son inevitables.

Aquí hay que considerar una cuestión: ¿qué presbíteros desea la Iglesia hoy? ¿Hombres misioneros o gestores del patrimonio inmobiliario, es decir administradores de una estructura que está organizada de tal forma que no quiere re-estructurarse no obstante los reiterados pedidos a la unidad pastoral (solicitudes más teóricas que proyectos efectivos)?

Negarse o donarse

En la tensión entre expectativas de rol e inspiraciones vocacionales aparece la polaridad entre donarse y negarse. En relación a este punto es emblemático el episodio de Jesús cuando es buscado por la muchedumbre después de la multiplicación de los panes (Jn 6, 1-15). El Jesús «completamente solo» que el evangelista nos describe es la negación de aquella espiritualidad del «sacerdote

9 SAVAGNONE, G., «Cosa si chiede al prete oggi», en *Orientamenti pastorali*, 10 (2009), pp 63-68.

comido» que olvida que el sacerdote de hoy no es ciertamente el aristócrata acomodado de la época del *ancien régime*.

Aquí la distorsión puede habitar ambas polaridades.

Está el presbítero que nunca se concede nada, casi animado por el sentido de culpa, hasta reducir las vacaciones a los campamentos con los jóvenes de la parroquia. Un sacerdote disponible 24 horas sobre 24, en cuya casa parroquial no tiene espacios privados, dispensador de servicios a todas las horas, olvidando el cuidado necesario de sí y descuidando los ritmos del sueño, de la alimentación y las exigencias mínimas del vestir...

En el otro extremo tenemos situaciones en las que todo tipo de evasión es legitimada; el sacerdote es inalcanzable, no deja huella; transforma la propia casa parroquial en un palacio inaccesible (a costas de la parroquia), disuadiendo a los otros de no acercarse demasiado, cubriéndose con «vestidos» no atractivos, o argumentando la excusa que está en la otra parroquia¹⁰.

En ambos casos el presbítero se fuga.

En el primer caso se fuga de una identidad propia, de una dimensión personal que no se puede identificar sólo con el rol que se ejercita, pero que se juega en la propia capacidad y que nos hace humanos, capaces de compartir la aventura con los otros hombres y no sólo de estar a su servicio. En relación a esto, es importante tener una vida espiritual, cultural, relacional, que no se identifique con el servicio a la Iglesia.

En el segundo caso en cambio, está en fuga del propio ministerio, reducido a una función administrativa y burocrática, sin alma y sin deseo, buscando sentido y plenitud en los momentos vividos entre paréntesis, que poco a poco (inevitablemente) se vuelven momentos más amplios de la existencia, hasta reducir a paréntesis el servicio ministerial. En fin, una espiritualidad que no sabe interceptar la praxis que quiere santificar, se presta a ser una cómoda vía de salida más allá de los contenidos que privilegia. Lenguajes, experiencias, métodos de vida espiritual fotocopiados del pasado y proyectados en el presente sin una mediación interpretativa que sepa captar el espíritu que se desea imitar y no una forma que se repite, es un modo-de-hacer que sólo produce estilos de vida disociados. El mismo efecto vale para las espiritualidades así llamadas renovadas cuando son respuestas al aquí y ahora pero desarraigadas de la tradición.

¿Cuál espiritualidad proponemos al presbítero hoy? Concretamente, ¿qué significa que es el mismo ministerio el que nutre la vida espiritual del sacerdote?, y ¿qué se entiende cuando se afirma que la «caridad pastoral» es el alma de la espiritualidad del presbítero, y que por lo tanto no debe ir a pedir prestado “espiritualidad” a movimientos o a institutos religiosos?

10 Para investigar las causas de estas distorsiones en óptica de formación, cfr. MANENTI, A., «Esigenze di ruolo e crescita personale: domande che non si fanno», en *Tredimensioni*, 2 (2005), pp. 228-235; también en www.isfo.it

Tradición y renovación

Por varios motivos, ya no se es más el «pastor de almas», sino el presbítero misionero que más que cuidar la fe, debe proponerla. Sin embargo, es difícil para un párroco evitar ser secuestrado por las 300 personas que ordinariamente viven en la parroquia y abrirse a un servicio que se dirija a los 10.000 que viven en el territorio de la propia parroquia. El círculo restringido, más que ser de ayuda para alcanzar a muchos, a menudo es un pequeño grupo que pretende continuamente para sí los servicios religiosos y la atención.

La fidelidad a una tradición que llegó hasta nosotros requeriría al párroco no solamente responder a la religiosidad difundida, sino descubrir y justificar los preciosos potenciales que hay que hacer evolucionar y no sólo satisfacer. Así también lo impulsaría a no desvalorizar nunca la pregunta por los sacramentos, a cualquier nivel en que ésta aparezca, aunque sea una pregunta supersticiosa y mágica, pero desde la que hay que partir para re-activar un itinerario de fe interrumpido o quizás nunca iniciado. Es más, le impondría configurarse como garante de normas eclesiales que son aplicadas, con absoluta fidelidad a los documentos magisteriales, fidelidad concreta y no sólo teórica.

La renovación para la misión en cambio, lo invita a hacer preguntas críticas sobre la religiosidad que está difundida y sobre el permanente pedido por sacramentos, pedidos que no hay que rechazar sino tomar para desarrollar en itinerarios de fe, lo que pone a prueba las capacidades de relacionarse del mismo sacerdote, de quien estimula a quien ya camina, de tolerancia con quien se cansa, de acompañamiento a quien hace caminos interrumpidos, inciertos, confusos, pero único punto de partida para el diálogo pastoral (de lo contrario, ¿qué hacemos con la tan pregonada «mecha humeante»?).

Si se mantiene esta tensión entre los dos objetivos, las diócesis deben activar un discernimiento para acompañar a las comunidades parroquiales en la difícil tarea (que un sacerdote solitariamente no puede hacer) de mantener una actitud «popular» sin vender a bajo precio el don del Evangelio; y por consecuencia, para decidir qué dejar y qué, en cambio, apuntalar en el servicio al Evangelio. Es humillante sentir que se le repite que cada cosa, antigua o nueva, es una «prioridad» y verse obligado a elegir – quizás en forma inversa al párroco vecino – qué apuntalar, a veces ni siquiera por una convicción pastoral sino solamente porque no se puede mantener materialmente todas las funciones ministeriales aconsejadas...

Por lo tanto, ¿no deberíamos articular nuevos procesos de decisión, capaces de orientar el actuar del presbítero y de las comunidades cristianas en una forma más clara y compartida?

Ser generadores e integrar el fracaso

Recientemente, diversos estudios y en particular la investigación realizada en la diócesis de Padova, detectaron el malestar de los sacerdotes en la óptica del *burnout*, un síndrome, que también ha sido llamado síndrome del buen samaritano desilusionado, por el cual «(...) personas que habían elegido dedicar su vida a ayudar al prójimo y habían empezado con mucho entusiasmo, en un cierto momento se encontraron vaciadas de energías y de ideales, incapaces de re-encontrar las motivaciones y la fuerza de tenían anteriormente»¹¹.

No se trata de un vaciamiento debido a los así llamados fracasos pastorales, como si el *burnout* amenazara a aquellos que no tuvieron en cuenta los costos del seguimiento y del ministerio. Se trata sobre todo de una exigencia, propia de la edad adulta, de dar significado al propio actuar y de captar que este actuar es generativo, aún si es en una óptica diversa de la mundana y para leer con los ojos de la fe.

La percepción de que esta generatividad está negada no llega por medio de las contrariedades que se viven en la pastoral, ni del fracaso de las iniciativas; viene de la insignificancia del actuar, del no captar el sentido de lo que se hace. Y esta falta de sentido a menudo se correlaciona con una poca claridad del objetivo último y de las perspectivas de la institución para la cual se trabaja, es decir en nuestro caso, por la falta de claridad sobre la misión de la Iglesia y sus objetivos pastorales (es el desafío del que se hablaba en el punto anterior).

Las in-certezas sobre la propia misión y el propio ministerio son, sobre todo, de tipo pastoral y se refieren a la vaguedad de los objetivos pastorales diocesanos, el silencio sobre los desafíos pastorales que un presbítero debe afrontar; pero son también de tipo teológico, porque, como recuerdan los dos artículos citados al inicio de éste, más allá de las aclaraciones sobre la identidad del presbítero, el mismo Vaticano II abrió cuestiones que necesitan aún una composición más madura.

En las investigaciones de estos años, algunas de las principales causas del *burnout* que los estudiosos del fenómeno han encontrado, son: «la falta de sentido de pertenencia comunitaria, o una soledad que no se atribuye tanto al hecho de no vivir con otras personas, sino sobre todo al hecho de no percibir la pertenencia a un cuerpo eclesial o presbiteral con el cual compartir los mismos valores, ideales y objetivos. También se trata de una sobrecarga de trabajo debido no tanto al excesivo compromiso sino a la percepción de tener que ser responsable de todo. Y se trata finalmente, de una gratificación insuficiente en el sentido de un cansancio para ver la realización de los proyectos pastorales hechos o de los valores por los cual se ha gastado la existencia... Cuando se es testigo del fracaso de un proyecto apostólico, sufriendo la incomprensión de los parroquianos o de los superiores por las propias elecciones pastorales, quedando frustrados en las propias aspiraciones evangélicas, queda abierta la posibilidad de atribuir un sentido también a estos

11 RONZONI, G., (organizado por), *Ardere, non bruciarsi. Studio sul «burnout» del clero diocesano*, Messaggero, Padova, 2008, p.8; Id., «In caso di incendio, non estinguere la fiamma», en *Tredimensioni*, 6 (2009), pp. 187-194; también en www.isfo.it

sufrimientos, pero la falta de estas honestas gratificaciones puede desembocar en el *burnout*»¹².

La pregunta que aparece aquí es: ¿no tenemos necesidad de una pedagogía para acompañar la vida adulta de los presbíteros? Nuestra formación, mientras sea concebida como actualización teológica o pastoral, no es adecuada para sostener a un presbítero adulto o anciano: él tiene necesidad de re-formular su propio pensamiento y su actuar, y de elaborar nuevas motivaciones, no de agregar nuevas informaciones o confrontarse continuamente con nuevos proyectos pastorales. ¿De cuál pedagogía de acompañamiento a los presbíteros tenemos necesidad?

12 Ibid op., p.70.